

CARTA PASTORAL NÚMERO 4

El socialismo fue un sistema ideado por los judíos Carlos Marx y Federico Engels, quienes lo definieron como una forma de organización económica y social, para una sociedad industrial, cuya base está en que los medios de producción sean parte del patrimonio colectivo y el mismo pueblo los administre. Para ello, plantea la eliminación de la propiedad privada y la extinción de las clases sociales y de las religiones. A lo largo del siglo XX e incluso en la actualidad, muchos países que han adoptado este sistema fracasaron. Monseñor Builes describe los peligros de su implementación.

2 de febrero de 1926

EL SOCIALISMO

Monseñor Miguel Ángel Builes
Obispo de Santa Rosas de Osos

Es obligación sagrada inherente a nuestro cargo dirigir, a nuestros amados diocesanos, cartas pastorales de vez en cuando, ya que no podemos cumplir personalmente la obligación de la predicación. Por ser costumbre inmemorial dar alguna enseñanza con ocasión de la Cuaresma, nos ha parecido oportuno, diremos mejor, necesario, dar en esta carta una voz de alerta contra el peligro socialista que tanto malestar va produciendo entre el pueblo cristiano, aun en nuestra amada Diócesis. Algunos espíritus optimistas no ven peligro muy cercano en los gérmenes disociadores que poco a poco se han multiplicado y que se ven ya hervir inquietos entre nosotros, amenazando corromper como en otros países toda la masa social de nuestra querida patria y del mundo entero. Otros espíritus, optimistas también, observan el peligro y aun miden el progreso que el mal va adquiriendo a la sombra de nuestras libérrimas pero imprevisoras instituciones; pero demasiado buenos, dicen: "No hay que temer. El corazón divino de Jesús, a quien Colombia está consagrada nos ha defendido muchas veces contra otras sectas, también nos libraré ahora del socialismo criollo aunque pretenda incitar al bolcheviquismo de Lenin y su abominable comparsa rusa".



Bueno es que pongamos en Dios, como el salmista, toda nuestra confianza; pero no olvidemos que, si aquel santo rey revestía su alma de la confianza en Dios, armaba también su diestra para arrojar de sus dominios al intruso. Bueno es echarnos en las manos de Dios como el niño pequeño en el regazo de su madre; pero es preciso también precaver el peligro y, como miembros que somos de la Iglesia militante, estar listos para repeler al filisteo que pretenda adueñarse de nuestra herencia, de nuestro templo, de nuestra paz, de nuestra tranquilidad y de nuestra libertad misma.

Ese incircunciso que ahora nos amenaza es el mismo que mantiene en jaque a la Europa entera y, que atravesando los mares, ha venido a sembrar la zozobra en estos jóvenes y florecientes países de ambas Américas; ese incircunciso es el mismo que hizo de Rusia el teatro de los horrores más pavorosos que ha contemplado el mundo, puesto que, en solo los tres primeros años de dominio en aquella desventurada nación, bañó en la sangre de sus propios hijos sus montañas y sus valles y al golpe de su saña exterminadora perecieron 28 obispos, 1.1315 sacerdotes, 6.775 maestros de escuela, 8.800 médicos, 54.650 oficiales del Ejército, 25.000 soldados, 10.500 jefes y 48.500 agentes de policía, 12.950 propietarios de campos y 355.350 intelectuales de diversos ramos, un total de 745.745 víctimas de la revolución soviética, fuera de los 20 millones²¹ de hombres, mujeres y niños que murieron de hambre a consecuencia de las medidas comunistas y los horribles abusos del Soviet. Ese incircunciso es el que entre nosotros, cubriéndose con el ropaje de la caridad que en lenguaje masónico es filantropía y apellidándose obrerismo, reclamando las libertades que nadie le ha quitado y proclamando las reivindicaciones del proletariado y azuzando al pueblo trabajador contra los ricos y los terratenientes, va sembrando la inquietud en algunas comarcas de nuestra patria y aun de nuestra amada Diócesis. Ese incircunciso, ese filisteo que atenta hoy contra la libertad en el orden (so pretexto de libertad), contra la paz y tranquilidad de la República, contra la Iglesia y sus ministros, contra el trono y el altar, ese es, oídlo bien, ese es el socialismo.

Contra ese enemigo formidable, tanto más temible cuanto más hipócrita, levantamos hoy nuestra voz de alerta. No intentaremos daros a conocer, amadísimos diocesanos, todo cuanto es este monstruo, llámese obrerismo, socialismo, bolcheviquismo, comunismo o anarquismo, porque no nos bastan estas líneas para tanto. Os daremos a conocer solamente y a grandes rasgos:

1. Lo que es el socialismo.
2. Su historia.
3. Su doctrina.
4. Sus caracteres principales.

¿Qué es el socialismo, llamado por nuestros socialistas criollos obrerismo?

En términos generales, el socialismo (u obrerismo de hoy) es un sistema económico y social que tiende de una manera más o menos absoluta a reemplazar la vida individualizada por la comunal y la propiedad privada por la propiedad colectiva.

Ateniéndonos a la explícita y bien detallada definición que da el señor De Mun, diremos que es una concepción social en la cual el Estado, poder central, preside y administra directamente todas las grandes empresas financieras o industriales del país, cuyas instituciones sociales dirige; recoge todos los recursos de la nación proveyendo ella por su parte a todas las necesidades morales y materiales de los ciudadanos, constituyéndose así en el cajero y banquero universal, el agente general de transportes y de comercio, el distribuidor exclusivo del trabajo, de la riqueza, de la instrucción, de los empleos y de las retribuciones, en una palabra, el motor y regulador de

21 *Revue de Deux Mondes*, 1 de marzo de 1925.

toda la actividad nacional. Abajo, por tanto, empresas particulares o de compañías en cualquier campo de la actividad humana: el amo es el Estado. Triste ambición de los socialistas de todos los tiempos.

Así lo soñó Platón en su *República*, llamada con razón "el evangelio del comunismo". El trabajo manual causa afrenta, el comercio envilece; no hay derechos políticos sino para los magistrados y los militares; para los artesanos, los comerciantes, los labradores y los jornaleros no existe la propiedad individual; hay comunidad absoluta de bienes; las mujeres envilecidas se echan a la suerte; los niños recién nacidos son arrebatados a sus madres y llevados al gineceo donde el Estado los cría sin que los padres puedan quererlos ni volverlos a ver: se dará la misma educación gimnástica y guerrera a los dos sexos y los niños mal conformados serán condenados a muerte sin misericordia.

Triste ideal del socialismo que soñó Platón y que llevaron a la práctica en todo o en parte los cretenses agregando sus abominaciones contra la misma naturaleza, los espartanos con sus guerreros dominadores y sus ilotas infelices en paradójico socialismo, agregando sus impudicias abominables; los egipcios con sus inmensos plantíos y plantadores de que eran dueños absolutos los faraones; los peruanos del tiempo de los incas, copiadores exactos del comunismo de Egipto.

Lamentable quimera la de los ertricelos, begardas y anabaptistas; la del impío Rousseau, que niega la propiedad y establece en su *Contrato social* la omnipotencia y la infalibilidad del estado único que, según él, puede repartir y legalizar la propiedad. Infantil sueño el de Kant y Hegel, aparecidos al fin del siglo XVIII para dar origen a las dos corrientes que en esa época tomó el comunismo.

Pero el más célebre de los socialistas del último siglo es Carlos Marx, quien atribuye al obrero, y solo a él, el valor de las cosas, sosteniendo que toda la riqueza proviene del trabajo manual, como si las cosas no tuvieran en sí su valor antecedente y su utilidad antes de caer en manos del obrero, y como si las perfeccionadísimas máquinas modernas no hicieran la mayor parte. Carlos Marx se apoya en un sofisma; pero el error no se preocupa por basamentos estables, ni a los secuaces del error les importa edificar sobre arena. Cuántos males han caído sobre la sociedad toda entera a causa de estos errores y, sobre todo, cuántos males nos amenazan hoy día, porque el mismo liberalismo, individualista como es, va virando hacia el socialismo colectivista, que, revistiendo los caracteres pavorosos del soviétismo ruso, envolverá dentro de poco en sangre, lágrimas y miseria al mundo entero. Esta afirmación nos la sugiere el estado actual de la sociedad y las mismas afirmaciones de los dirigentes de los partidos de oposición, que declaran abiertamente²² que el socialismo es el lugar de refugio, la eliminación de los partidos individualistas, y hacia él se encaminan rápidamente. De modo que, si no oponemos una valla al socialismo, nos envolverá y arrollará y destruirá el orden social en el mundo entero, como en la desgraciada Rusia acaba de acontecer.

Pobres nuestros obreros, quienes, halagados con falsas promesas de redención que dizque les van a dar sus falsos profetas, sus fermentidos libertadores, ayudan eficazmente a que todos

22 D. Baldomero Sanín Cano.

los bienes de los particulares pasen al Estado para que este los reparta por igual a los hombres laboriosos y a los holgazanes; a los que producen riqueza con su trabajo y a los que, como parásitos chupadores, consumen pero no quieren trabajar. Con razón hemos de afirmar además que el que piense en la igualdad de las fortunas está loco, porque, si todas las riquezas se repartieran por igual, a las 24 horas tendríamos otra vez "pobres entre nosotros", porque los unos comprarían lo que hubiera menester y los otros, en los garitos, en los clubs y en las cantinas, consumirían lo recibido; y en cambio los hombres de talento y de economía recogerían lo que otros tienen que gastar o malgastar. Lo que Dios hizo desigual, el hombre no puede cambiarlo, y el derecho de propiedad, que nace con el hombre, no podrán destruirlo todos los socialistas del mundo. Podrá aniquilarse la humanidad como en parte aconteció en Rusia, pero el derecho natural no se destruirá jamás. Los jefes del soviét ruso son hoy poseedores de riquezas fabulosas, cuando han pretendido establecer el régimen de la igualdad de fortunas y de la comunidad de bienes... Esta es la hermosa teoría, pero la práctica denuncia lo que es el tal sistema, pues vemos caer bajo la bala homicida de los igualitarios o el peso de sus miserias y del hambre a 20 millones de rusos.

Arguirán, empero, los socialistas de nuestros tiempos que nuestro Señor Jesucristo era socialista y que sus primeros discípulos lo eran también y que son socialistas las comunidades religiosas.

Que no se engañen: nuestro Señor Jesucristo sí condenó el apego a las riquezas y reprendió enérgicamente a los ricos porque se apegaban a ellas su corazón: ¡Ay de vosotros ricos! Pero ni condenó las riquezas en sí ni desechó a los ricos que eran pobres de espíritu por no tener su corazón puesto en sus tesoros; ni eran socialistas los primeros cristianos por el hecho de poner libremente en común sus bienes, como no lo son los religiosos de nuestros tiempos, puesto que los primeros cristianos llevaban a la comunidad sus bienes como los religiosos llevan su dote, por su propio gusto y voluntad y no por leyes violatorias del derecho individual de propiedad, como lo hace el socialismo propiamente dicho.

No os dejéis engañar, carísimos hermanos nuestros, por los predicadores del moderno socialismo que, para engañar más fácilmente, llaman su sistema *obrerismo* o *asociación de obreros*, cuando son realmente sostenedores del más crudo socialismo, el cual, por el carácter salvaje que va tomando entre nosotros, podríamos llamar más bien satanismo. Porque se pretende libertar de una esclavitud imaginaria al obrero que es tan libre como el empresario; le sugieren el odio a Dios ya que dizque no hay nadie sobre nosotros; le llevan al más crudo laicismo o sea a la independencia de la Iglesia y de sus ministros, mediante el establecimiento de escuelas laicas, cementerios laicos, hospitales y orfanatos laicos, matrimonio civil, fiestas del trabajo, día del obrero, flor del trabajo: todo ello con prescindencia absoluta de Dios y de la Iglesia, contra la cual se proclama el odio, lo mismo que contra aquellos que ocupan puesto de autoridad, diciendo: "Guerra a las castas privilegiadas, a los capitalistas y a los empresarios, viva la igualdad, la libertad, la fraternidad...!".

Esos gritos descompasados indican bien a las claras que el socialismo no anda solo en su propósito de descristianizar el mundo y destruir los cimientos de la sociedad para hacerla caer

estrepitosamente en el abismo que le abren a sus pies; allí está la masonería que es la religión del odio a Dios, al orden y a la ley, y que, divinizando a Satanás, grita con furor diabólico aquellas horribles blasfemias de Voltaire contra nuestro Señor Jesucristo: "Aplastemos al infame...". Esto es, carísimos hermanos, lo que es el socialismo moderno, el obrerismo criollo.

Sí, el socialismo es absolutamente irreligioso e inmoral. Es irreligioso porque para él no hay Dios, y esta negación de la divinidad la declara con rabia infernal y con blasfemias horribles. Para él no hay superiores en el orden espiritual ni representantes de Dios, y de allí su odio innato a la sotana, que por sí sola reprocha su maldad; para él no hay nada santo, no hay nada sagrado; la blasfemia es su elemento como el agua para el pez. "Hagamos nuestro paraíso en la tierra ya que el cielo no es más que una fábula demostrada por la ciencia moderna". "Dejemos el cielo a los ángeles y a las monjas", exclama el impío y librepensador Heine, repitiendo la misma blasfemia de Bebel en el Congreso. Irreligioso como es, niega el más allá, la inmortalidad del alma y al mismo Dios. Las actuaciones del socialismo en Europa, en América, en Colombia, en la capital del departamento y en todas partes le hacen aparecer tal como es: anticristiano, antirreligioso, anticlerical. Carlos Marx blasfema de la religión diciendo que "es una idea desatinada del mundo", que es "el opio del pueblo". Liebknecht grita que la ciencia nos libra de Dios y Reichstag exclama: "Hemos adoptado la doctrina del ateísmo y nos creemos en la obligación de difundirla entre el pueblo"; y es claro, porque así lograría su fin: ¿qué es en efecto un pueblo sin religión?, ¿qué es un pueblo sin Dios?

La Escritura santa, en varias frases, nos lo hace ver con meridiana claridad. El Salmo 14, en su versículo primero, nos dice que el necio ha dicho en su corazón: "No existe Dios" (Salmo 14, 1), y entonces todos se corrompieron y se hicieron abominables en sus deseos, sin que quedara uno solo que hiciera el bien. Eso es el hombre sin Dios.

No quieren los socialistas freno alguno. Pero Dios comprimirá sus mandíbulas como las del asno con el freno y el bozal.

Y los periódicos socialistas del mundo entero, inclusive los de Colombia, ¿no viven execrando la tiranía teocrática, es decir, el yugo suave y peso ligero de la ley de Dios?

El más moderno socialista, el impío Carlos Kautsky, declara: "El día en que el socialismo triunfe sobre el mundo se pronunciará la sentencia de muerte contra la religión" y Deville agrega que el déspota de la tierra, que es el capitalismo, arrastrará en su caída el coco o fantasma engañoso del cielo.

Y en el orden moral, ¿ignoráis, hermanos carísimos, que el socialismo quiere aniquilar el matrimonio, la familia y la patria misma? El socialismo predica el amor libre y llama al matrimonio "institución absurda e inmoral". El obrerismo actual proclama el matrimonio civil, pero ese no es más que el camino para llegar a la afirmación de Bebel, de que "el matrimonio es un contrato particular en que no tiene que intervenir ningún funcionario ni eclesiástico ni civil. El hombre y la mujer no son más que dos animales y no puede haber lazo indisoluble entre dos animales". Qué doctrina más inmoral y más antisocial: echar por tierra las bases de la sociedad y despedazar de un golpe la palabra de Cristo: *Quod Deus conjunxit homo non separet*: "Lo que Dios unió no lo separe el hombre" (Mateo 19, 6).

Benito Malon quita al padre de familia toda autoridad sobre sus hijos. Todos, en efecto, somos iguales. ¿Con qué derecho, pues, mandan los padres? ¡Abajo la obediencia! ¡Viva la igualdad! Queda borrado de un brochazo el cuarto mandamiento.

Unión libre, disolubilidad del matrimonio, promiscuidad, comunidad de mujeres, los hijos educados por el Estado; por aquí se llega al ideal de Diderot, hacer del mundo una inmensa pocilga más allá de la bestialidad, ya que el bruto sigue el instinto, ignorando el desenfreno a que se precipita la humanidad.

Pavorosa finalidad a la que aspira el socialismo. ¿Y habrá, a pesar de eso, entre vosotros, carísimos hermanos, quienes quieran dar su nombre a tan abominable secta: no sabíais lo que era? Pues ya lo sabéis. Estad prevenidos y obedeced a la voz de la Iglesia.

No olvidéis que el socialismo es la religión de la envidia y del odio, destructor de todo sentimiento religioso, de toda civilización y sepultura de la misma fe. A tan abominable secta decid un *vade retro* y acercaos reverentes al árbol bendito de la Iglesia de Cristo, a cuya sombra bienhechora estaréis libres de las tempestades huracanadas que amenazan arrebatáros el tesoro de vuestra religión y de vuestra fe en estos días malos que nos tocó vivir.

Esta pastoral será leída en dos domingos consecutivos, después de su recepción a la hora de las misas, en todas las iglesias y capillas de nuestra Diócesis.

Dada en nuestro palacio, firmada por nos, sellada con nuestro sello y refrendada por nuestro secretario el día 2 de febrero de 1926, fiesta de Nuestra Señora de La Candelaria.

+ Miguel Ángel Builes
Obispo de Santa Rosa de Osos